

**NEW YORK, NEW YORK:  
LOS ULTIMOS DIAS DEL MILENIO EN LA ARQUEOLOGIA CHILENA**

José Berenguer R.

*"La arqueología es un camino que se recorre hasta el fin o es nada" - Canción de Violeta Parra*

Hace poco me encontré a la salida del trabajo con cuatro colegas y fuimos a comernos unos sandwiches y tomarnos unas cervezas al "27 de Nueva York". La bella melodía de un saxofonista callejero sonaba a lo lejos, mientras el smog imprimía un nostálgico tono sepia a la atmósfera de esa preinvernal tarde santiaguina. No recuerdo bien quién sacó a colación la futura conmemoración del XL Aniversario de la Sociedad. Entre masticadas y sorbos discutimos acerca de cuáles podrían ser los temas que deberían ser tratados en esa reunión del 2003.

Uno de ellos, el arqueólogo senior, planteó que el tema candente era la intromisión de los investigadores externos en los museos. Se quejó amargamente de que al suyo llegaban muchos, demasiados investigadores a visitarlo --no a través de la página que había mandado a hacer en WWW, sino en persona-- y todos llevaban bajo el poncho la indisimulada intención de estudiar las colecciones de su institución.

--Son como pirañas, no quieren dejarnos nada --se lamentó. --El problema es extremadamente serio porque la base de nuestra promoción profesional radica, precisamente, en la publicación de objetos inéditos.

--¿No es un poco volver a esas investigaciones tipo "Dos cantaritos raros de Mulchén", de hace medio siglo, Profesor? --le señalé en contrapunto, con el único propósito de animar la conversación.

--Na'que ver --dijo-- ya pasó la época en que los análisis e interpretaciones eran lo relevante. Ahora lo que importa es el objeto en sí.

Admito que el peso de su argumentación me desarmó.

--No me van a creer --prosiguió-- he recurrido incluso a estrategias que figuran en todos los manuales de alta diplomacia. Cuando llegan, por ejemplo, los mantengo esperando durante horas en un banco del parque que hay cerca; eso sí que a la sombra de los sauces y álamos, porque no se trata tampoco de ser descortés. El largo de la espera es directamente proporcional a lo ingrato de la visita. Muchos entienden, especialmente aquellos orientados al simbolismo. Después de una mañana y una tarde allí, se aburren y se van. Pero no faltan los despistados que aguantan hasta cinco días de espera. Ultimamente, me están mandando a sus "gomas", que son por definición más flexibles y resistentes. ¡Es como mucho! No entienden que el museo es para los Am... quiero decir para los del museo.

--¿Pero no le parece lógico y deseable Profesor que colecciones tan importantes como las de su museo sean examinadas por otros estudiosos? --musité ya no tan seguro. --Por lo demás, cada investigador ve cosas distintas --agregué con cierta intencionalidad.

--Ese es un típico error --contestó-- todo ya está estudiado. No hay nada nuevo que se pueda decir sobre esos materiales. Y si lo hubiera, nos corresponde a nosotros descubrirlo y decirlo. La caridad empieza por casa ¿no cree usted? A menos que el tipo venga del extranjero, claro está. Ahí sí que la hospitalidad está primero, por aquello de "verás como quieren en Chile..." y todo lo demás, usted me entiende.

Los colegas que estaban en la mesa se movieron incómodos en la silla. Juraría que más de alguno puso cara de parque.

--Mire Profesor --intervino la arqueóloga-- los objetos no son lo verdaderamente importante en la arqueología. Un tema novedoso y mandado a hacer para la celebración de los 40 años, es discutir al andino o andina que hay detrás de los objetos que excavamos.

--¿Al(a) colega que los guarda o al(a) indígena que los hizo o usó en el pasado? --pregunté, tratando de

sortear mi tendencia a un lenguaje sexista y ponerme a tono con sus etnocategorías.

--...a-a-ambos dos --respondió con alguna dificultad-- pero no se dice indígena, se dice andino o, mejor aún, población de base tradicional andina. PBTA, si tú prefieres. A lo que voy es que a lo(a)s arqueólogo(a)s se nos escapa el humanismo de las cosas. Les apuesto que jamás nunca a ninguno se le ha ocurrido, por ejemplo, ponerse un tembetá Molle; sentirlo en la pera como lo sentía un genuino habitante del Norte Verde. ¿O sí?

--Eeh... en realidad, no --dijimos varios mientras sorbíamos pensativamente nuestro schop.

--¿A alguno se le ha ocurrido beber chicha en un kero Cabuza, hacer humitas con los maíces tempranos de Tiliviche, fumar yerba en una pipa Bato o, por qué no, dejar establecido en el testamento que lo entierren en la desembocadura del valle de Camarones con un rito a lo Chinchorro?

--Nop.

--¡Por supuesto que nop! --enfaticó-- y eso es porque no nos I-DEN-TI-FI-CA-MOS con los andinos y andinas que subyacen a nuestro objeto de estudio. ¿Cómo no va a ser una experiencia tremendamente humanista, y cargada de religiosidad por lo demás, el hacer *in situ* una fogata con los leños dejados hace 500 años en un tambo del Camino del Inka?

Haciendo un poco de abogado del diablo, le pregunté si hacer eso no sería ofender la sensibilidad de quienes son los descendientes de los pueblos que dejaron esos restos arqueológicos.

--Todo lo contrario --señaló-- estarían felices y hasta te podrían nombrar alcalde de aguas en la fiesta de la limpia de canales.

Mi tercer colega había escuchado el alegato con infinita displicencia. Interrumpiendo su ataque al hot-dog, se limpió con el dedo la mayonesa de la boca e hizo una brillante de-construcción de estos alegatos en términos de poder, hegemonía, alteridad, etnodiversidad, intertextualidad, significantes y significados, dominación y resistencia. Para ser franco, nadie entendió mucho, pero como citó a Foucault, Bordieu, Derrida, Gremais y otros cuantos que se me escapan (entre los cuales deben estar los inefables de la Escuela de Frankfurt y, por cierto, Shank y Tilley), estoy casi seguro que debe haber sido algo importante. Lo que se me quedó es que ni los objetos ni el individuo que hay detrás son relevantes.

--Lo que importa somos nosotros mismos como contadores del cuento --aclaró al reparar en nuestras caras de ignorantes.

--¡Pero sin objetos no hay forma de contar algo sobre el pasado! --retrucó el arqueólogo senior algo exasperado y casi atragantándose con el Barros Jarpa.

--¡Y sin andino/andina tampoco hay de quién contar algo! --complementó la arqueóloga francamente enojada.

En ese momento yo decidí omitirme.

--El objeto es un artefacto contemporáneo a nosotros, NO ES EL PASADO, y los andinos que lo hicieron están muertos y ya no cuentan --continuó imperturbable el colega. --El pasado no existe sino en la mente de nosotros los cuentistas, así que lo único que cuenta es quién cuenta el cuento. Tanto es así que los arqueólogos no debiéramos postular al Premio Nacional de Historia o de Ciencias Sociales, sino al de Literatura. Por eso es que propongo que NOSOTROS seamos el cuento de la reunión del 2003.

El cuarto colega, un ex-goma como lo fuimos todos nosotros alguna vez, había permanecido callado hasta entonces. Era el único que se había dedicado exclusivamente a comer y beber. Dando un largo sorbo a su quinto schop, se estiró hacia atrás en la silla, puso sus pies calzados con zapatillas *born in the USA* sobre la mesa, cruzó las manos detrás de la nuca y dijo:

--No estoy ni ahí con lo que ustedes dicen, ¡brp! Perdón. A mí me tienen sin cuidado los señores feudales, el indio, la india y también los de género intermedio. Tampoco me interesan los tollos ni los autores de los tollos. En mi concepto --agregó como si estuviera leyendo un paper-- la arqueología es estudio de impacto ambiental o es nada. Yo estoy donde la empresa me necesita.

Nos quedamos mirándolo con cara de imbéciles. Había algo de seductor en su insolencia y descaro. Por un breve instante nuestro interlocutor mantuvo el silencio; sus ojos seguramente brillaban detrás de sus Ray Ban de última generación, como si disfrutara del ostensible efecto que habían producido sus palabras en nosotros, y continuó:

--En los EIA he trabajado desde el volcán Tacora hasta el Cabo de Hornos y con esto de la construcción del túnel entre Av. Apoquindo y la calle de acceso a Mendoza, hasta en Argentina. Ahora mismo mi consultora Alfa & Omega Ltda. se está presentando en conjunto con una conocida Transnacional para trabajos en una represa en Yemen y un canal bioceánico en Costa Rica --dijo con esa humildad tan propia de los empresarios chilenos. --Las acciones que tengo aquí al ladito, en la Bolsa, suben todos los días. Ya ni me presento al FONDECYT, que es como el PEM de los arqueólogos y nunca me han preocupado ni los malditos objetos culturales, ni los primitivos contemporáneos. En cuanto al cuento, ¿qué importa, si éste se lo tragan los ejecutivos de la empresa? Lo único que cuenta es el contrato.

--Pero no cree que se pierde --intervino el Profesor-- algo de aquello soñador y romántico que nos llevó a abrazar esta vocac...

--¡Tst, tonterías! La arqueología es un negocio como cualquier otro --señaló, mientras contestaba su video-celular, que era agenda, Note-Book, GPS y sonda digital para pozos de sondeo virtual, todo en uno.

Aprovechamos la pausa para comentar el planteamiento del *high-tech oriented* arqueólogo. El Profesor reconoció hidalgamente que por un buen EIA, en donde fuera, estaba dispuesto a renunciar en parte a su doctrina Monroe. La atractiva arqueóloga se allanó a la idea admitiendo que, después de todo, no es tan reprochable ganarse unos cuantos pesos con los restos dejados por los andinos/andinas del pasado.

--Además, es un poco como hacer ecología --añadió-- con lo cual uno conserva algo de lo utópico de nuestros comienzos.

El de-constructor, por su parte, aclaró que no importa tanto quién recepciona el cuento.

--Y si más encima te pagan... todo es relativo --remachó con esa lógica exquisitamente liberadora del período post-caída del Muro.

Por primera vez me concentré en mi chacarero, ya helado. Sentí que el ají verde me ponía los ojos sentimentales.

Ya era de noche cuando salimos del "27". El idiota del saxo seguía tocando melodías, esta vez con reminiscencias de Wall Street. Sobre los gastados adoquines de la calle Nueva York, brillantes y resbaladizos con la llovizna, nos despedimos como buenos colegas. Hasta hubo abrazos.

En mi breve caminata hacia el Metro divisé la ahora sombría Casa Central de mi pobre Alma Mater. La necesidad de autofinanciamiento tiene cara de hereje había dicho jorgito. Del cuello de Bello colgaba un letrero anunciando el nuevo mall que se construirá allí. Conservando la fachada eso sí, porque jaimito dice que hay que velar por la tradición en la ciudad.

Seguí caminando. Colábase como un chiflón desde la Alameda de las Delicias un viento frío que me congelaba la expresión en el rostro, mientras un denso vapor de aire húmedo --al modo de una película *cult* de Ridley Scott-- salía a interceptarme desde una rendija subterránea. Acordándome de los inicios colonialistas de la antropología, se me figuró que la nube de vapor era la encarnación de un monstruoso genio felínico, recién salido de su secular cautiverio en la botella. Allí estaba personificado el alfa y omega, el comienzo y el final, la jaguarización de nuestra disciplina. Pensé en cuán lejos estaban las ridículas flores de los '60 y las amargas fisuras de los '70. Rememoré entonces el pragmático consejo de un irónico amigo cuya última ironía fue morir

ahogado: la ola, cuando es muy grande, hay que desistir de cruzarla, lanzándose a su favor. Así, reivindicé a regañadientes las virtudes del modelo, que, ahora, al término del decenio DC, conciliaba hasta las posiciones más encontradas. El genio ya estaba suelto y rugía libre y seductor entre nosotros. El tema central de la reunión del 2003 ya había sido decidido y era como una alegoría de esa fría noche de junio en el Santiago de fines de siglo: la arqueología en el gélido mundo del dinero.

Miré hacia las grandes alamedas y por un momento me pareció divisar a lo lejos una multitud desfilando con banderas rojas ...era un show de la Coca-Cola. Algo me indigestó. Debe ser el chacarero --me dije. Metí la mano al bolsillo para sacar una tableta Phillips dejando al mendigo con la mano estirada. Antes negaba limosnas a la espera de cambios estructurales --pensé-- ahora habrá que negarlas a la espera del "chorreo" que tendrá que venir.

Me encogí de hombros y bajé lentamente a la Estación para convertirme en muchedumbre mansa, cansada e impersonal camino al hogar, silbando New York, New York.

SANTIAGO DEL NEW EXTREME, otoño tardío de 1999 DC